

Los cirujanos pediátricos y los medios de comunicación

A. Queizán de la Fuente

Jefe de Sección. Dpto. de Cirugía Pediátrica. Hospital Universitario «La Paz». Madrid.

Los países durante los últimos cincuenta años han ido cambiando hacia lo que se ha denominado una «*sociedad de la información*», la «*era de la información*» o la «*era post-industrial*». La tecnología de la información es barata, lo que facilita cada vez más el movimiento de la información, y las comunicaciones rápidas por radio, TV, fax o correo electrónico, erosionan los límites de las comunidades culturales largamente establecidas, y las jerarquías de todo tipo se ven sometidas a presiones y empiezan a desmoronarse. «*Pero si bien muchas de las ventajas de una sociedad de la información resultan claras, cabe preguntarse si todas sus consecuencias han sido tan positivas*»⁽¹⁾.

Quizás en ciertos ámbitos, más que una «*sociedad de la información*», la tendencia haya sido más bien hacia una «*sociedad de la deformación*». Concretamente, el ámbito de la ciencia médica ha sido llevado más hacia el terreno del sensacionalismo y el titular «*de impacto*», que hacia un conocimiento claro y veraz de sus logros.

La discusión científica desborda hoy su ámbito natural para trascender a los medios de comunicación, y el rigor, que es uno de sus atributos, queda sustituido por sensaciones y sentimientos que le son ajenos y, desde luego, también la Cirugía Pediátrica, en razón de algunas patologías que le son propias, se encuentra hoy inmersa en el «*mercado del sensacionalismo*», y ello sobre la base del fenómeno de formación de la masa, ya descrito por Freud, «*mediante la exaltación o intensificación de la emotividad de los individuos que la forman*»⁽²⁾.

Así es como se presentan a los medios de comunicación de masas algunas de las patologías que tratamos, centrándonos concretamente en los «*monstruos*», tal y como han sido denominados los siameses a lo largo de la historia, en sus diversas formas y presentaciones.

Sería absurdo no decir, que las monstruosidades han ocupado en todas las culturas tradicionales, siendo vistos como un signo de alejamiento de Dios, como una «*des-gracia*», o una deuda para con Dios.

Las discusiones sobre ellos se han venido repitiendo a lo largo de la historia. La simple publicación por Paré de su libro «*Monstruos y prodigios*» en 1575, «*suscito la ira de la Facultad de Medicina, y una auténtica querrela por atentado contra las buenas costumbres, que acabó ante el*

Parlamento»⁽³⁾. En el siglo XVIII, alentados por el Enciclopedismo y la Ilustración, el problema de los «*monstruos*» y su génesis, quedó dentro de un reducido número de «*especialistas*» (médicos, teólogos, naturalistas, legisladores y eruditos). Pero las discusiones prosiguieron, destacando por su relevancia, la mantenida hacia 1740, en la Academia de Ciencias de París, entre L. Lemery y J. Winslow, bajo el nombre de «*disputa de los monstruos*»⁽⁴⁾.

En esa época, el jesuita y teólogo español Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), genuino representante de lo mejor del espíritu ilustrado, con una obra equiparable en lo científico y antropológico a la de Linneo, Buffon o Diderot⁽⁵⁾, publicó en Cesena en 1778, su obra de 21 tomos: «*Idea dell'universo che contiene la storia della vita dell'uomo, elementi cosmografici, viaggio estatico al mondo planetario, e storia della terra*» seguido de otros dos en castellano: «*Historia de la vida del hombre*» (Madrid, 1789) y «*El hombre físico o Anatomía Humana Físico-Filosófica*» (Madrid, 1800)⁽⁶⁾, considerándose el primero como el tratado más científico y completo de todos los existentes en la Europa ilustrada⁽⁷⁾. Su obra, impregnada de racionalismo ilustrado y de empirismo, pero bajo un enfoque religioso, también suscitó la polémica, que en esa época podríamos encuadrar «*en las intrigas políticas entre jansenistas y jesuitas de finales de siglo*», y que acabó con la prohibición y mutilación de libros y capítulos⁽⁸⁾.

Hervás reclamaba en su obra para los monstruos de cualquier tipo, la esencial perfección en su naturaleza humana, como especie y como ser dotado de espíritu⁽⁹⁾.

Basten los apuntes anteriores para ver la importancia que se ha dado a los «*monstruos*» a lo largo de los siglos, pero siempre bajo un enfoque científico. Y nos preguntamos si ahora no debería ser así nuestro modo de «*acercarnos a esos prodigios*», nuestra relación con ellos y con esa sociedad ávida de morbo, a la que a veces no somos ajenos por motivos que cada uno conoce y forman parte de su ser.

Alguna respuesta podemos encontrar en el Aforismo 1º de Hipócrates: «*Es preciso no sólo hacer lo debido, sino también que el enfermo, los presentes y las circunstancias externas contribuyan a ello*»⁽¹⁰⁾, y para ello sería necesario, en primer lugar, hacer comprender a la sociedad que «*la vida es conflicto, y que a menudo el médico no puede ayudar a una*

persona sin dañar al mismo tiempo a otra»⁽¹¹⁾; y, en segundo lugar, que ella, «la sociedad, respecto al tanto de vida humana que debe asignársele, sólo cabe aquél en la que está principalmente interesada»⁽¹²⁾.

Y me pregunto si hoy, en esta sociedad hedonista hay alguien dispuesto a asumir el conflicto vital, a entender que «el hombre debe morir, no porque esté enfermo, sino porque tiene vida mortal»⁽¹³⁾; y, de otra parte, ¿hasta dónde está «interesada» la sociedad en los casos de siameses?, ¿no serán acaso motivos espurios los que de alguna manera tratan de «interesar» a la sociedad ante éstas y otras patologías, aunque afirmen que su acción «informativa» está demandada por la «sociedad a la que sirven»? Pero es difícil vencer esa inercia, ya que, si la sociedad y los individuos que la forman aprenden a llamar buena a una cosa, «bueno» termina siendo lo deseado por el conjunto de un grupo social⁽¹⁴⁾.

Nada tendríamos que objetar, si el grupo social, en el uso de su libertad, así lo decidiera; pero la duda surge cuando comprobamos a diario la manipulación que sufrimos a través del «marketing». Hoy los medios de comunicación bombardean a la sociedad con tal cantidad de propaganda, que no es el usuario el que elige, sino al que dirigen, llevándole a considerar que ciertos usos, modos y costumbres, son los «buenos», y todo aquél que no se ajusta a ellos se siente frustrado, y en el peor de los casos, arrastrado a una depresión, que llegará a ser al paso que vamos, la enfermedad del siglo XXI.

Es posible que desde ciertos ámbitos sea factible la corrección de esas tendencias, pero indudablemente, han de iniciarse a título individual, y para ello sería bueno tomar como modelo a Kant; él decía: «Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio»⁽¹⁵⁾; y lo reafirma en la segunda fórmula, «que el hombre sea para tí siempre hombre y no cosa»⁽¹⁶⁾.

Llegados a este punto, podemos seguir preguntándonos, ¿qué buscamos los médicos y los medios de comunicación?, ¿renombrar unos y dinero otros, utilizando en nuestro caso como medio el objeto de nuestro quehacer, el ser humano? Acaso la respuesta que se dio Boecio sirva para algunos, «E así la fama más larga, si se quiere comparar a la eternidad sin fin, no es pequeña, mas ninguna»⁽¹⁷⁾.

Y en los albores del siglo XXI, viene a complicar el panorama «la disyuntiva entre evolución y ética, algo que nos toca vivir en muchas ocasiones, dado el carácter antievolutivo de la ética humana, ya que al proteger a los más débiles, actúa en el sentido exactamente contrario al de la selección natural de Darwin, permitiendo sobrevivir al más débil. ¿Hasta cuándo será esto posible? ¿Cómo compaginar ética y evolución? No lo sabemos muy bien, pero todo parece indicar que sólo la ingeniería genética, o la eugenesia molecular, van a permitir acabar con la gran paradoja del dominio de la vida, la oposición de biología y ética»⁽¹⁸⁾. Creo que es posible, porque, como dice Nietzsche por boca de Zaratustra: «Nuestro camino va hacia arriba, de la especie, a la especie superior»⁽¹⁹⁾.

Pero mientras ese tiempo llega, evitemos al menos seguir las «tendencias», aun a costa de la fama, salvo que hagamos como Lope de Vega, para justificarse ante Tirso o Calderón, y nos apliquemos sus versos: «porque, como los paga el vulgo, es justo/hablarle en necio para darle gusto»⁽²⁰⁾.

¿Por qué este editorial, «yo, precisamente, que ni por mi edad, por mi inteligencia, ni siquiera por mi prestigio, debo compararme a los que permanecen sentados»?⁽²¹⁾. Pues, porque creo que la libertad del médico se ve amenazada desde el exterior por las limitaciones de sus circunstancias en la sociedad, disminuyendo o lesionando la libertad, la capacidad del hombre para formular opiniones, o elegir sin coacción, y todo ello en aras de lo «políticamente correcto».

BIBLIOGRAFÍA

1. Fukuyama F. La Gran Ruptura. *Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Ed. B. Barcelona, 2000; 1ª ed. págs. 15-16.
2. Freud S. *Psicología de las masas*. Alianza Editorial. Madrid, 1984; 10ª ed. pág. 23.
3. Paré A. *Monstruos y progicios*. Ed. Siruela. Madrid, 1993; 2ª ed. pág. 13.
4. Cobo Gómez JV. *Los monstruos perfectos del Abate Lorenzo Hervás y Panduro (Antropogenia y Teratología en la obra de un jesuita español expulsado. Cuenca 1735-Roma 1809)*. En: *Medicina e Historia*. Tercera época, 1992; núm. 44, pág. 12.
5. González Montero de Espinosa M. *Lorenzo Hervás y Panduro: El gran olvidado de la Ilustración española*. Iberediciones, S.L. Madrid, 1994; pág. 16.
6. Cobo Gómez JV. Op. cit.(4); pág. 15.
7. González Montero de Espinosa M. Op. cit.(5), pág. 43.
8. Cobo Gómez JV. Op. cit.(4), pág. 16.
9. Cobo Gómez JV. Op. cit.(4), pág. 28.
10. *Tratados Hipocráticos*. Ed. Alianza Editorial. Madrid, 1996; pág. 105.
11. Szasz T. *La Teología de la Medicina*. Ed. Tusquets. Barcelona, 1981; 1ª ed. pág. 153.
12. Stuart Mill J. *Sobre la Libertad*. Alianza Editorial. Madrid, 1981; 3ª ed. pág. 153.
13. González Montero de Espinosa M. Op. cit.(5), pág. 292.
14. Russell B. *Fundamentos de Filosofía*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1972, pág. 498.
15. Kant M. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1973; 4ª ed. pág. 84.
16. Kant M. Op. cit.(14), pág. 117.
17. Boecio S. *La Consolación de la Filosofía*. Ed. Porrúa. México, 1986; 1ª ed. pág. 45.
18. Gracia D. *Historia de la Eugenesia*. En: *Consejo Genético: Aspectos Biomédicos e Implicaciones Éticas*. Gafo J (ed). Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 1994; pág. 34.
19. García Morente M. *La Filosofía de Kant (Una introducción a la filosofía)*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1986; 3ª ed. pág. 167.
20. Luján N. *La vida cotidiana en el siglo de oro español*. Ed. Planeta. Barcelona, 1989; 4ª ed. pág. 145.
21. Cicerón MT. *Catilinarias. Pro Roscio Amerino*. Ed. Bruguera. Barcelona, 1975; pág. 133.